

GASPAR, EDITORES.

HECTOR SERVADAC

AVENTURAS Y VIAJES

POR EL MUNDO SOLAR.

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA.

Cuaderno ~~quinto~~ *Septimo.*

MADRID

IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES

CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 1

1877

23-6-61

Allí debía impunemente sorportar una temperatura que en el caso de que Galia se hubiese elevado hasta la órbita de Júpiter no seria mas que la vigésima quinta parte de la temperatura terrestre.

Pero durante los preparativos de mudanza y en medio de aquella actividad febril que devoraba hasta á los mismos españoles, ¿qué habia sido de Isaac Hakhabut que se habia quedado en el surgidero de la isla Gurbí?

Isaac Hakhabut incrédulo y sordo á todas las pruebas que por humanidad se habian acumulado ante su vista para vencer su desconfianza, quiso quedarse abordo de su urca velando por sus mercancías como un avaro por sus tesoros, murmurando, gimiendo y mirando aunque en vano al horizonte por si se presentaba algun buque á la vista de la isla Gurbí. Por lo demás en la Colmena de Nina nadie se cuidaba de él y aun todos se felicitaban de tenerle lejos. El juicio habia declarado formalmente que no daria sus géneros si no á cambio de moneda corriente; y el capitán Servadac habia prohibido dos cosas: la una que se le tomara nada por la fuerza y la otra que se le comprara tampoco nada. Proponíase ver si aquel hombre obstinado cedia ante la necesidad y ante la realidad que debia convencerle en breve.

Era por lo demás evidente que Isac Hakhabut no admitia de modo alguno la situacion terrible aceptada por los otros en que se hallaba la pequeña colonia. Se creia todavia en el esferoide terrestre, pensando que un cataclismo habia modificado solamente alguna parte pero que tarde ó temprano tendria medios de dejar la isla Gurbí é ir á continuar su comercio por el litoral del Mediterráneo. Desconfiando de todo y de todos se imaginaba que se habia urdido contra él alguna trama para despojarle de su hacienda; y no queriendo ser engañado, rechazaba la hipótesis del enorme trozo desprendido de la Tierra y lanzado al espacio. Por lo demás pues que todo probaba la existencia de un nuevo astro que pere-

José R. Sotomayor

grinaba por el mundo solar, astro habitado solamente por los ingleses de la isla de Gibraltar y los colonos de la isla Gurbí, por mas que Isaac Hakhabut pasease por la línea del horizonte su antiguo catalejo recom-puesto como el tubo de una chimenea, no veia aparecer ningun buque ni acudir ningun traficante para cambiar su oro por las riquezas de la *Hansa*.

Sin embargo no le eran desconocidos los proyectos que iban á ponerse en ejecucion para el invierno por los demás colonos. Al principio segun su invariable costumbre se negó á creer en ellos; pero cuando vió á la *Dobryna* hacer frecuentes viajes al Sur llevándose las cosechas y los animales domésticos, no tuvo mas remedio que admitir que el capitán Servadac y sus compañeros se preparaban á dejar la isla de Gurbí.

¿Qué iba á ser, pues, de aquel desdichado Hakhabut si al cabo era verdadero todo lo que hasta entonces no había creído? Como ¿no estaria ya en el Mediterráneo sino en el mar de Galia? ¿No volveria á ver nunca su buena patria alemana? ¿No traficaria ya mas con aquellos tontos de Tripolí y de Túnez? ¡Semejante situacion era su ruina!

Entonces se le vió dejar con mas frecuencia su urca y agregarse á los diversos grupos de rusos y españoles que no dejaban de lanzarle sus epítetos.

Trató de nuevo de atraerse á Ben-Zuf ofreciéndole un poco de tabaco, pero el asistente rechazó sus ofertas obedeciendo la consigna.

—No, viejo Zabulon, le decía, no tomo ni un solo polvo; es la consigna; te comerás tu cargamento, de él vivirás, te le fumarás y le absorberás todo entero, tú solo Sardanapalo!

Isaac Hakhabut viendo al fin que no podia obtener nada de los *santos* se dirigió al *Dios* y un dia se decidió á preguntar al capitán Servadac si todo aquello era cierto, estimando que un oficial francés no querria engañar á un pobre hombre como él.

—Sí pardiez, sí; todo eso es cierto, respondió Héctor Servadac impacientado de tanta obstinación; y usted no tiene mas tiempo que el preciso para refugiarse en la Colmena de Nina.

—Protejánme el Eterno y Mahoma, murmuró el judío, haciendo esta doble invocación como verdadero renegado que era.

—¿Quiere usted tres ó cuatro hombres para conducir la *Hansa* al nuevo fondeadero de la Tierra Caliente? le preguntó el capitán Servadac.

—Quisiera ir á Argel, respondió Isaac Hakhabut.

—Repito á usted que Argel no existe.

—¡Dios de Israel! ¿es posible?

—Por última vez ¿quiere usted seguirnos con su urca á Tierra Caliente donde vamos á invernar?

—¡Misericordia! He perdido mi hacienda!

—¿No quiere usted? Pues bien nos llevaremos la *Hansa* á pesar de usted y sin usted á lugar seguro.

—¿A pesar mio, señor gobernador?

—Sí, porque no quiero que por la estúpida obstinación de usted se pierda sin provecho para nadie ese precioso cargamento.

—¡Pero esa es mi ruina!

—Lo seria mas seguramente si le dejáramos á usted hacer lo que quisiera, respondió Héctor Servadac encogiéndose de hombros. Y ahora vaya usted al diablo,

Isaac Hakhabut volvió á su urca levantando los brazos al cielo y protestando contra la increíble rapacidad de los hombres de la *mala raza*.

El 20 de marzo estaban terminados los trabajos de la isla Gurbí y no quedaba que hacer mas que marchar. El termómetro había bajado por término medio á ocho grados bajo cero. El agua de la cisterna no tenia ya una sola molécula líquida; convínose, pues, en que á la mañana siguiente todos se embarcarían en la *Dobryna* y dejarían la isla, para refugiarse en la Colmena de Nina conduciendo también la *Hansa* á pesar de todas las protestas de su propie-

tario. El teniente Procopio habia declarado que si la *Hansa* quedaba anclada en el puerto del Chelif no podria resistir á la presion de los hielos y se haria pedazos irremisiblemente. En la ensenada de la Tierra Caliente podria estar mejor protegida y en seguridad, y en todo caso si hubiera de perderse se podria salvar allí el cargamento.

Por esta razon pocos instantes despues que la goleta hubo levado el áncora, la *Hansa* aparejó tambien á pesar de los gritos y lamentaciones de Isaac Hakhabut. Cuatro marineros rusos se embarcaron en ella por órden del teniente, y desplegada la vela mayor, el barco-tienda, como decia Ben-Zuf, dejó la isla Gurbi y se dirigió hácia el Sur.

Imposible es decir las invectivas del judío durante la travesía y la insistencia con que repitió que todo aquello se hacia contra él, que no tenia necesidad de nadie y que no habia reclamado auxilio de ninguno. Lloraba, se lamentaba, gemia á lo menos con los lábios, porque no podian sus ojillos grises dejar de lanzar ciertos relámpagos al través de las falsas lágrimas. Tres horas despues, cuando encontró su urca bien amarrada en la ensenada de la Tierra Caliente y cuando se vió en seguridad con su hacienda, el que se hubiera acercado á él habria notado el aspecto de satisfaccion marcado en su semblante y prestando atencion le hubiera oido murmurar estas palabras:

—¡Por nada, Dios de Israel! ¡Imbéciles! ¡me han traído aquí de balde!

Estas palabras pintaban enteramente al hombre. ¡Por nada! ¡le habian hecho un servicio gratuito!

La isla Gurbi estaba ya definitivamente abandonada de los hombres. No quedaba nada en aquel último resto de una colonia francesa á escepcion de los animales de pelo y de pluma que se habian escapado de la matanza y que pronto debian morir de frio. Las aves, despues de haber tratado de buscar algun otro continente mas propicio, habian vuelto á la isla,

prueba incontestable de que no existía en ninguna otra parte tierra que pudiera alimentarlas.

Aquel día el capitán Servadac y sus compañeros tomaron solemnemente posesión de su domicilio. El arreglo interior de la Colmena de Nina agradó á todos y se felicitaron de hallarse tan cómodamente instalados. Solo Isaac Hakhabut no participó de la satisfacción común, no queriendo penetrar en las galerías de la montaña y quedándose á bordo de su urca.

—Teme sin duda que le hagan pagar el alquiler, dijo Ben-Zuf. Pero antes de mucho se verá obligado ese viejo zorro á salir de su madriguera porque el frío le echará de ella.

Por la noche se hizo una buena comida, cuyos manjares fueron aderezados al fuego volcánico, y alrededor de la mesa se reunió toda la colonia en la sala principal. Con los elementos que suministró la bodega de la *Dobryna* en vinos de Francia, se dieron muchos brindis al gobernador general y á su consejo de administración tomando en ellos Ben-Zuf una buena parte. Los españoles se señalaron por su viveza y alegría. El uno tomó su guitarra, el otro sus castañuelas, y todos saltaron en corro. A su vez Ben-Zuf entonó la célebre *cancion del Zuavo* tan conocida en el ejército francés, pero cuyos encantos no pueden ser apreciados sino por los que la han oído ejecutar por un músico como el ordenanza del capitán Servadac.

Misti goth dar dar tire lyre!

Flic! floc! flac lirete, lira!

Far la rira,

Tour tala rire,

Tour la Ribaud

Ricandean,

Sans repos, répít, repít repos, ris pot, ripette!

Buen entendedor será el que esta copla entendiere.

Después se improvisó un baile, el primero sin du-

—No, capitán no, dijo el teniente Procopio, por una razón sin réplica.

—¿Y cuál es esa razón?

—Que siendo la masa de Galia evidentemente inferior á la del satélite terrestre, Galia sería la luna en vez de ser la luna satélite de Galia.

—Le concedo á usted eso, teniente, repuso Héctor Servadac. ¿Pero qué prueba que nosotros no seamos luna y que lanzado el satélite terrestre por una órbita nueva no le acompañamos en su viaje por el mundo interplanetario?

—¿Quiere usted que refute esa nueva hipótesis? preguntó el teniente Procopio.

—No, respondió sonriéndose el capitán Servadac, porque á la verdad si nuestro asteróide no fuese más que un subsatélite, no emplearía tres meses en dar media vuelta á la luna, y esta se nos habría aparecido diversas veces desde la catástrofe.

Durante esta discusión, el satélite de Galia, cualquiera que fuese, subía rápidamente por el horizonte, lo cual justificaba ya el último argumento del capitán Servadac. Se le pudo observar por consiguiente con atención; se llevaron los anteojos, y en breve fué evidente para todos que no era aquella la antigua Febea de las noches terrestres.

En efecto, aunque aquel satélite parecía más próximo á Galia que la luna á la tierra, era mucho más pequeño y no presentaba más que una décima parte de la superficie del satélite terrestre. Era como una reducción de luna que reflejaba muy débilmente la luz del sol y no podía extinguir las estrellas de octava magnitud. Se había levantado hacia el Oeste precisamente en oposición con el sol y debía estar llena en aquel momento. En cuanto á confundirla con la luna no era posible; el capitán Servadac tuvo que convenir en que no se veían en ella ni mares ni ranuras, ni cráteres, ni montañas, ni ninguno de esos detalles que tan claramente se dibujaban en las cartas selenográficas. No era, pues, el suave rostro de la

hermana de Apolo que, fresca y joven, segun unos, vieja y arrugada segun otros, contempla tranquilamente desde hace tantos siglos á los mortales sublunares.

Era pues una luna especial, y como observó el conde Timascheff probablemente algun asteróide que Galia habia capturado al atravesar la zona de los planetas telescópicos. Ahora bien, ¿tratábase de uno de los ciento sesenta y nueve pequeños planetas inscritos en los catálogos en aquella época ó de algun otro desconocido todavía de los astrónomos? Quizá este problema quedará resuelto mas adelante. Hay algunos de esos asteróides, de dimensiones muy reducidas, que dan la vuelta en veinticuatro horas. Su masa en tal caso es muy inferior á la masa de Galia, cuyo poder atractivo habrá podido apreciarse perfectamente en uno de esos microcosmos.

La primera noche pasada en la Colmena de Nina transcurrió sin ningun incidente, y al siguiente dia se organizó de un modo definitivo la vida comun. Su excelencia el Gobernador, como decia enfáticamente Ben-Zuf, no queria que los habitantes de Galia estuviesen mano sobre mano; y en efecto, el capitan Servadac temia sobre todo la ociosidad y sus malas consecuencias. Se arreglaron pues, con el mayor cuidado las ocupaciones diarias, y no faltaba trabajo.

El cuidado de los animales domésticos constituia ya un quehacer bastante grande. La preparacion de las conservas alimenticias, la pesca, mientras el mar estaba libre, el ámbito de las galerías, que fué preciso ensanchar en varios sitios para hacerlas mas practicable, mil detalles, en fin, que se renovaban sin cesar, no dejaron los brazos ociosos ni un instante.

Conviene añadir que reinaba la mas completa inteligencia entre los individuos de la pequeña colonia. Rusos y españoles se hallaban perfectamente unidos y comenzaban á emplear algunas palabras de aquella lengua francesa que era la lengua oficial de Galia. Pablo y Nina eran discípulos del capitan Servadac

que les instruía, mientras Ben-Zuf se encargaba de divertirles. El asistente les enseñaba no solamente el francés sino el parisien, que es todavía una lengua mas distinguida; y luego les prometia conducirles un día á una ciudad *edificada al pié de una montaña*, que no tenia igual en el mundo, y de la cual hacia pomposas descripciones. Ya se habrá adivinado de qué ciudad y de qué montaña queria hablar el entusiasta profesor.

Tambien se arregló en aquella época una cuestion de etiqueta.

Ben-Zuf habia presentado á su capitan como gobernador general de la colonia; pero no contentándose con darle este título, le calificaba de *Monseñor* á cada momento. Esto concluyó por irritar los nervios de Héctor Servadac, que mandó á su ordenanza que no volviera á darle este título honorífico.

—Sin embargo, Monseñor, dijo Ben-Zuf.

—¡Te callarás animal!

—Sí; Monseñor.

En fin el capitan Servadac no sabiendo como hacerse obedecer dijo un día á Ben-Zuf:

—¿Quieres en fin renunciar á llamarme Monseñor?

—Como V. E. guste Monseñor, respondió Ben-Zuf.

—Pero ¿sabes lo que haces llamándome así?

—No, Monseñor.

—¿Ignoras lo que quiere decir esa palabra que empleas sin comprenderla?

—No, Monseñor.

—Pues bien, eso quiere decir camarada en latin y así faltas al respeto que debes á tu superior cuando me llamas camarada.

Despues de esta pequeña leccion desapareció para siempre la calificacion honorífica del vocabulario de Ben-Zuf.

Todavía los frios escesivos no se habian presentado en la última quincena de marzo y por consiguiente Héctor Servadac y sus compañeros no se encontraban secuestrados en el interior de la Colmena de

Nina. Organizáronse algunas expediciones por el litoral y la superficie del nuevo continente y fueron explorados hasta seis kilómetros en derredor de la Tierra Caliente. Los exploradores encontraron como siempre el horrible desierto cubierto de rocas sin vestigio alguno de vegetación. Algunos filetes, de agua congelada, acá y allá manchas de nieve procedente de los vapores condensados en la atmósfera indicaban la aparición del elemento líquido en su superficie. ¡Pero qué de siglos sin duda tenían que pasar antes que un arroyo pudiera abrir su cauce en aquel suelo pedregoso y dirigir sus aguas al mar! En cuanto á aquella concreción homogénea á la cual los galianos habían dado el nombre de Tierra Caliente ¿era un continente ó una isla? ¿se extendía ó no hasta el polo austral? No podía decirse; y una expedición al través de aquellas cristalizaciones metálicas debía ser considerada como imposible.

Por lo demás, el capitán Servadac y el conde Timascheff pudieron formarse una idea general del país observándole un día desde la cima del volcán. Levantábase este al extremo del promontorio de la Tierra Caliente y media 900 á 1000 metros sobre el nivel del mar. Era un enorme peñasco bastante regularmente formado que afectaba la figura de un cono truncado. En la truncadura se abría el estrecho cráter por el cual subían las materias eruptivas, coronándolo incesantemente de un inmenso penacho de vapores.

A aquel volcán si hubiera estado en la antigua Tierra no hubiera podido subirse sin dificultad y sin trabajo. Sus laderas eran muy ásperas, sus declives muy resbaladizos y no se le hubiera visitado fácilmente sin los esfuerzos de los ascensionistas mas determinados. En todo caso una expedición semejante hubiera exigido un gasto grande de fuerzas y de trabajo. Aquí por el contrario, gracias á la gran disminución de la gravedad y al aumento del poder muscular que había sido su consecuencia, Héctor Servadac y el

conde Timascheff hicieron prodigios de flexibilidad y de vigor. Una gamuza no hubiera sido mas ágil para lanzarse de una roca á otra y una ave no hubiera subido mas ligeramente por aquellas estrechas aristas que costeban el abismo, Apenas emplearon una hora en subir los tres mil piés que separaban el suelo de la cima de la montaña; y cuando llegaron á las orillas del cráter no estaban mas fatigados que si hubieran andado kilómetro y medio siguiendo una línea horizontal. Decididamente si la habitabilidad de Galia presentaba ciertos inconvenientes, en cambio ofrecia algunas ventajas.

Desde la cima del monte los dos exploradores pudieron reconocer con el anteojo que el aspecto del asteróide era por todas partes el mismo que ya habian observado. Al Norte se estendia la inmensa margaliana unida como un espejo, porque no habia viento, como si los gases del aire se hubieran solidificado por los frios superiores de la atmósfera. Un pequeño punto que apenas sobresalía entre la bruma marcaba el sitio ocupado por la isla de Gurbí. Al Este y al Oeste se desarrollaba la llanura líquida desierta como siempre. Hacia el Sur mas allá de los límites del horizonte iba á perderse la Tierra Caliente. Este extremo del continente parecia formar un vasto triángulo cuyo vértice estaba formado por el volcan sin que se pudiera ver la base. Visto desde aquella altura que hubiera debido nivelar todas las asperezas, el suelo de aquel territorio desconocido parecia impracticable. Los millones de láminas exagonales que le erizaban le hacian absolutamente impropio para la marcha de un hombre á pié.

—Un globo ó alas, dijo el capitán Servadac necesitaríamos para explorar este nuevo territorio. Par diez, estamos en un globo que es un verdadero producto químico, tan curioso seguramente como los que se nos muestran detrás de los cristales de los museos.

—Observe usted, capitán, cuán visible se presenta

á nuestra vista la convexidad de Galia y por consiguiente cuán corta es relativamente hablando la distancia que nos separa del horizonte.

—Sí, conde Timascheff, respondió Hector Servadac. Es mas en grande el efecto mismo que yo habia observado ya desde lo alto de las peñas de la isla. Para un observador situado á mil metros de altura en nuestra antigua tierra el horizonte no se cerraria sino á distancia mucho mayor.

—Es que Galia es un globo muy pequeño comparado con el esferóide terrestre, repuso el conde Timascheff.

—Sin duda, pero es mas que suficiente para la poblacion que le habita. Observará usted ademas que su parte fértil se reduce hoy á las trescientas hectáreas cultivadas de la isla Gurbí.

—Parte fértil durante dos ó tres meses de verano é improductiva durante millares de años quizá.

—¿Qué quiere usted? dijo sonriéndose el capitan Servadac. No nos han consultado antes de embarcarnos en Galia y lo mejor que podemos hacer es tomar la cosa como filósofos.

—No solamente como filósofos, capitan, sino como seres agradecidos hácia Aquel cuya mano ha encendido las lavas de este volcan. Sin este volcan estaríamos condenados á perecer de frio.

—Tengo la firme esperanza, conde Timascheff, de que este fuego no se extinguirá antes del fin....

—¿Qué fin capitan?

—El que Dios quiera. El lo sabe y nadie mas que El.

El capitan Servadac y el conde Timascheff despues de haber dirigido una mirada al continente y al mar, pensaron en bajar al pié de la montaña; pero antes quisieron observar el cráter del volcan. Desde luego notaron que la erupcion se verificaba con una tranquilidad bastante singular. No iba acompañada de aquel estrépito desordenado, de aquellos truenos ensordecedores que señalan ordinariamente las pro-

yecciones de materias volcánicas. Aquella calma relativa no podia menos de llamar la atencion de los exploradores. No se oia ni siquiera el hervidero de las lavas. Aquellas sustancias líquidas puestas en estado incandescente, se levantaban en el cráter por un movimiento continuo y se derramaban tranquilamente como el exceso de un pacífico lago que se escapa por su desagadero. Permitásenos esta comparacion: el cráter no se asemejaba á una caldera sometida á un fuego ardiente y de la cual se escapa el agua con violencia; era una cavidad llena hasta los borde que se derramaba sin esfuerzo y casi sin ruido.

Asi no habia mas materias eruptivas que la lava; no habia piedras lanzadas al través de las volutas fuliginosas que coronaban la cima del monte; no habia cenizas mezcladas con el humo, lo cual esplicaba por qué la base de la montaña no estaba sembrada de esas piedras pómez, ni de esas obsidias y de otros minerales de origen plutónico que cubren el suelo de las inmediaciones de los volcanes. No se veía tampoco un solo trozo errático, pues que ningundeósito de hielo habia podido formarse todavía.

Esta particularidad, como observó el capitán Servadac, era de buen agüero y permitia creer en la infinita continuacion de la erupcion volcánica. La violencia en el órden moral como en el órden físico excluye la duracion. Las tempestades mas terribles, lo mismo que la cólera mas excesiva no se prolongan jamás. Allí esta agua de fuego corria con tanta regularidad y se derramaba con tanta calma, que la fuente que la alimentaba debia ser inagotable. En presencia de las cataratas del Niágara, cuyas aguas superiores se deslizan tan pacíficamente sobre su lecho, no ocurre el pensamiento de que puedan detenerse jamás en su curso. En la cima de aquel volcan el fuego era el mismo y la razon se hubiera negado á admitir que aquellas lavas no debiesen continuar eternamente desbordándose de su cráter.

Aquel día se produjo un cambio en el estado físico de uno de los elementos de Galia; pero es preciso consignar que fué obra de los mismos colonos.

En efecto, estando ya instalada en la Tierra Caliente toda la colonia despues de haber completado la mudanza, pareció conveniente apresurar la solidificación de la mar galiana. Entónces serian posibles las comunicaciones con la isla por el hielo, y de esta manera los cazadores tendrían un campo de caza mas vasto. Así pues aquel día el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio reunieron toda la población sobre una roca que dominaba el mar al extremo mismo del promontorio.

A pesar del descenso de la temperatura el mar estaba todavía líquido. Esta circunstancia se debía á su absoluta inmovilidad porque no turbaba su superficie un solo sople de aire. En tales condiciones sabido es que el agua puede soportar cierto número de grados bajo cero sin congelarse. Pero un simple choque basta para que se verifique la congelación súbitamente.

La pequeña Nina y su amigo Pablo no habían dejado de asistir á la cita.

—Hermosa, dijo el capitán Servadac, ¿sabrás lanzar un pedazo de hielo al mar?

—Sí, respondió la niña, pero mi amigo Pablo le lanzará mucho mas lejos que yo.

—Prueba tú, repuso Héctor Servadac poniendo en la mano de Nina un pequeño fragmento de hielo.

Depues añadió:

—Mira bien, Pablo, vas á ver como nuestra pequeña Nina es una hada.

Nina balanceó dos ó tres veces el brazo y lanzó el pedazo de hielo que cayó en el agua tranquila.

Inmediatamente se oyó un inmenso chirrido que se propagó hasta mas allá de los límites del horizonte.

El mar de Galia acababa de solidificarse en toda su superficie.

CAPITULO XXIII.

QUE TRATA DE UN ACONTECIMIENTO DE ALTA IMPORTANCIA QUE CONMOVIO A TODA LA COLONIA GALIANA.

El 23 de marzo tres horas despues de la puesta del sol se levantó la luna sobre el horizonte opuesto y los galianos pudieron ver que entraba en su último período.

Asi en cuatro dias el satélite de Galia habia pasado de sicigia á cuadratura, lo cual le asignaba un período de visibilidad de una semana y por consiguiente lunaciones de quince á diez y seis dias. Es decir que para Galia los meses lunares habian disminuido en la mitad de los dias solares.

Tres dias despues, el 26, la luna entraba en conjuncion con el sol y desaparecia en su irradiacion.

—¿Volverá? dijo Ben-Zuf que por haber sido el primero que habia visto al satélite se interesaba por él de todo corazon.

Y verdaderamente, despues de tantos fenómenos cósmicos cuya causa era todavia desconocida para los galianos, la observacion del honrado Ben-Zuf no era absolutamente ociosa.

El 26 el tiempo era muy puro, la atmósfera muy seca y el termómetro descendió á doce grados centígrados.

¿A qué distancia se encontraba Galia entónces del sol? ¿Qué camino habia recorrido en su órbita desde la fecha indicada en el último documento encontrado en el mar? Ninguno de los habitantes de la Tierra Caliente hubiera podido decirlo. La disminucion

aparente del disco solar no podia ya servir de base á un calculo, ni aun aproximado. Era sensible que el sabio anónimo no hubiese dirigido nuevas noticias á los colonos, dándoles el resultado de sus últimas observaciones. El capitán Servadac sentia que aquella correspondencia singular con uno de sus compatriotas, pues se obstinaba en considerarle como tal, n hubiera tenido continuacion.

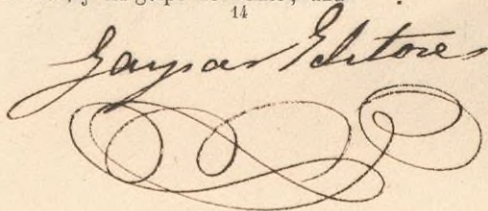
—Sin embargo, dijo á sus compañeros, es posible que nuestro astrónomo haya continuado escribiéndonos por medio de estuches ó barriles y que ninguno de ellos haya llegado á la isla de Gurbí ni á la Tierra Caliente. Ahora que el mar está completamente helado pierdo toda esperanza de recibir la menor carta de este hombre original.

En efecto, el mar como ya se ha dicho estaba enteramente congelado y la sustitucion del estado sólido al líquido se habia verificado con un tiempo magnífico y en un momento en que no turbaba las aguas el menor soplo de aire. Así la superficie solidificada estaba absolutamente unida como la de un lago del club de patinadores. No habia ni la mas pequeña eminencia ni la mas leve hendidura; era un hielo puro sin una erosion, sin un solo defecto, que se extendia mas allá de los límites del horizonte.

¿Qué diferencia del aspecto que presentan ordinariamente los mares polares á la aproximación de los bancos de hielo! Allí todos son bloques helados, grandes témpanos acumulados los unos sobre los otros y espuestos á las mas caprichosas roturas de equilibrio. Los campos de hielo no son á decir verdad mas que una aglomeracion de témpanos irregularmente ajustados, y que el frio mantiene en las posiciones mas estrañas; montañas de base frágil que dominan los mas altos mástiles de los buques balleneros.

Nada es estable en esos Océanos Articos, ó Antárticos, nada es inmutable; los bancos de hielo no están fundidos en bronce, y un golpe de viento, una

Jayar Editor



modificación de la temperatura producen cambios de un efecto mágico. Aquella es una sucesión de decoraciones de hadas. Por el contrario en Galia el mar estaba definitivamente fijo y mas aun que en la época en que ofrecia una superficie sensible á la brisa. La inmensa llanura blanca, mas unida que los desiertos del Sahara ó las estepas de la Rusia, debía estar sin duda de aquella manera por largo tiempo. En las aguas aprisionadas del mar aquella corteza que se iba espesando con la subida de los frios conservaria su rigidez hasta el deshielo..... si el deshielo debía presentarse algun dia.

Los rusos estaban habituados á los fenómenos de congelacion de los mares del Norte que ofrecen el aspecto de un campo irregularmente cristalizado. No consideraron por consiguiente sin sorpresa aquel mar galiano llano como un lago ni tampoco vieron sin satisfaccion aquel campo de hielo perfectamente unido que se prestaba maravillosamente á los ejercicios de patinacion. La *Dobryna* poseia un surtido de patines que fueron puestos á disposicion de los aficionados. Estos afluyeron; los rusos dieron leccion á los españoles y pronto en los hermosos dias y en medio del frio vivo, pero soportable en ausencia del viento, no hubo un galiano que no se ejercitase en describir con los patines las curvas mas elegantes. La pequeña Nina y el jóven Pablo hicieron maravillas y obtuvieron grandes aplausos. El capitán Servadac, diestro en todo ejercicio de gimnástica, llegó pronto á igualar á su profesor el conde Timascheff; y el mismo Ben-Zuf hacia prodigios, pues que mas de una vez habia patinado en el inmenso estanque de la plaza de Montmartre... un mar que... vamos un mar.

Aquel género de ejercicio, muy higiénico por sí mismo llegó al mismo tiempo á ser una útil distraccion para los habitantes de la Tierra Caliente y aun en caso necesario podia ser un medio de rápida locomocion. En efecto, el teniente Procopio, uno de los

mejores patinadores de Galia, hizo mas de una vez el trayecto de la Tierra Caliente á la isla de Gurbi, es decir, de unos 40 kilómetros en el espacio de dos horas. Esto reemplazaba en la superficie de Galia á los caminos de hierro del antiguo mundo. Al cabo el patin no es mas que un carril movable fijado en el pie del viajero.

Entre tanto la temperatura iba descendiendo progresivamente y el termómetro estaba ya por término medio á 15 ó 16 grados bajo cero. Al mismo tiempo que el calor, se disminuía tambien la luz como si el disco solar se hubiera encontrado indefinidamente cubierto por la luna en un eclipse parcial. Una especie de media tinta se esparcía por todos los objetos y no dejaba de impresionar tristemente las miradas.

Esto originaba una especie de tristeza moral, contra la cual era conveniente producir una reaccion. ¿Cómo aquellos desterrados del globo terrestre no habian de pensar en la soledad que les rodeaba, cuando antes estaban tan estrechamente ligados al movimiento humano? No podian olvidar que la tierra gravitando ya á millones de leguas de Galia, se iba alejando cada vez mas de ellos.

¿Podian suponer que la volverian á ver algun dia pues que aquel trozo desprendido de ella iba penetrando mas y mas en los espacios interplanetarios? Nada probaba que no abandonaria algun dia estos espacios sometidos al poder del astro radiante para correr el mundo sideral y moverse en el centro de atraccion de algun nuevo sol.

El conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio, eran evidentemente los únicos que de la colonia galiana podian pensar en tal eventualidad. Sin embargo, sus compañeros, sin penetrar tan profundamente los secretos ni las amenazas del porvenir, sufrían sin saberlo los efectos de una situación sin precedente en los anales del mundo. Fue preciso pues tratar de distraerlos, ya instruyéndolos, ya ocu-

pándolos, ya divirtiéndolos, y el ejercicio de patinación fue una diversion feliz en medio de los monótonos trabajos del día. Cuando hemos dicho que todos los habitantes de la Tierra Caliente tomaron mas ó menos parte en aquel saludable ejercicio, hemos debido exceptuar á Isaac Hakhabut.

En efecto, á pesar del rigor de la temperatura, el judío no se habia presentado desde su llegada de la isla de Gurbí. Habiendo prohibido el capitán Servadac rigorosamente que nadie fuese á visitarle, nadie se le habia presentado en su urca; pero una pequeña columna de humo que se escapaba por el tubo del camarote, indicaba que el propietario de la urca continuaba á su bordo. Debía costarle pena sin duda el quemar su combustible, por poco que fuese, cuando podia aprovecharse gratuitamente del calor volcánico de la Colmena de Nina; pero preferia aquel aumento de gasto á la obligacion en que hubiera estado de abandonar la *Hansa* para tomar parte en la vida comun. ¿Quién hubiera velado en su ausencia por el precioso cargamento?

Por lo demás la urca y la goleta habian sido situadas de manera que pudieran sufrir un largo invernadero. El teniente Procopio habia empleado para ello toda su ciencia. Sólidamente ancladas en la bahía y encerradas en su caparazon de hielo, permanecerian inmóviles; se habia tenido además la precaucion que toman los que pasan el invierno en los mares Articos, de cortar el hielo en bisel debajo de la quilla. De esta manera la masa endurecida de las aguas se reunia debajo de la quilla y no ejercia su poderosa presion contra los costados de las dos embarcaciones á riesgo de romperlas.

Si el nivel del hielo se levantaba, la goleta y la urca se levantarían tambien; pero con el deshielo podia esperarse que volverían á su línea conveniente de flotacion.

El mar galiano estaba, pues, congelado en toda su estension, y el teniente Procopio, en su última

visita á la isla de Gurbi, habia podido observar que el campo de hielo se extendia hasta perderse de vista por el Norte, el Este y el Oeste.

Un solo punto de aquel vasto mar habia resistido al fenómeno de la solidificacion; y era la especie de estanque de la caverna central, en el cual se derramaba el torrente de lavas incandescentes. Allí el agua permanecia absolutamente libre en su marco de rocas, y los témpanos de hielo que tendian á formarse bajo la accion del frio eran inmediatamente devorados por el fuego. El agua silbaba y se volatilizaba al contacto de las lavas, y un hervidero continuo tenia sus moléculas en una especie de ebullicion permanente. Aquella pequeña parte de mar siempre líquida, hubiera debido permitir á los pescadores el ejercicio de su arte con buen éxito; pero como decia Ben-Zuf «los peces estaban demasiado cocidos para morder el anzuelo.»

En los primeros dias de abril cambi6 el tiempo y el cielo se cubrió de nubes, sin que por eso se elevara la temperatura, y era que el descenso de la columna termométrica no dependia de un estado particular de la atm6sfera ni de los vapores mas 6 menos densos de que estuviese saturada. En efecto, no sucedia en Galia lo que en los paises polares del globo, necesariamente sometidos á la influencia atmosférica y cuyos inviernos experimentan cierta intermitencia bajo el influjo de los vientos que saltan de un punto de la brújula al otro. El frio del nuevo esfer6ide no podia producir variaciones termométricas de importancia porque era debido tan solo á su alejamiento de la fuente de toda luz y de todo calor, y habia de aumentarse hasta que llegase al límite señalado por Fourier á la temperatura del espacio.

Lo que hubo en aquella época fue una verdadera tempestad sin lluvia ni nieve, pero durante la cual el viento se desencaden6 con una violencia incomparable, produciendo al precipitarse al través de la

sábana de fuego que cerraba esteriormente la entrada de la sala comun los mas estraños efectos.

Fue preciso guardarse cuidadosamente de las lavas que el viento empujaba á lo interior; pero no era de temer que las apagase; al contrario, aquel huracan, saturándolas de oxígeno, activaba su incandescencia como si hubiera sido un inmenso ventilador. Su violencia era tanta, que algunas veces la cortina líquida se abria por un instante, y una corriente fria penetraba en la gran sala; pero casi al mismo tiempo se cerraba la abertura, y la renovacion del aire interior era mas bien ventajosa que perjudicial.

El 4 de abril, la luna nuevamente adquirida por Galia, habia comenzado á destacarse de la irradiacion solar bajo la forma de un semicírculo delgado. Reaparecia, pues, al cabo de ocho dias de ausencia, como lo habia hecho prever la observacion de su revolucion. Los temores mas ó menos justificados que se habian tenido de que no reapareciese, no se confirmaron, con gran satisfaccion de Ben-Zuf, y el nuevo satélite pareció decidido á prestar regularmente su servicio quincenal alrededor de Galia.

Se recordará que, á consecuencia de la desaparicion de toda otra tierra cultivada, las aves que poblaban la atmósfera de Galia se habian refugiado todas en la isla Gurbí. En aquel suelo cultivado habian satisfecho ámpliamente las necesidades de su alimentacion durante la estacion propicia y de todos los puntos del asteroide habian acudido por millares á la isla.

Pero con la llegada de los grandes frios, los campos no habian tardado en cubrirse de nieve, y la nieve trasformada pronto en hielo compacto, imposibilitaba á los picos mas sólidos el penetrar hasta el suelo. De aquí la emigracion general de las aves que por instinto se refugiaron en masa en la Tierra Caliente.

Aquel continente no tenia en verdad ningun alimento que ofrecerles; pero estaba habitado, y las

aves, en vez de huir la presencia del hombre, se apresuraban á buscarle. Todos los desperdicios arrojados diariamente fuera de las galerías, desaparecían al instante; pero eran muy insuficientes para alimentar aquellos millares de individuos de toda especie. En breve algunos centenares de volátiles, impulsados por el frío y el hambre, se aventuraron á penetrar en el estrecho túnel, y eligieron su domicilio en el interior de la Colmena de Nina.

Fue preciso, pues, darles caza de nuevo porque la posición no era sostenible, y aquella fue una distracción de las ocupaciones diarias que dió bastante que hacer á los cazadores de la pequeña colonia. El número de aves era tan considerable, que parecía una invasión y estaban tan hambrientas y eran por consiguiente tan rapaces, que arrebatában los restos de carne ó las migajas de pan hasta de las manos de los que comían en la gran sala. Estos las perseguían á pedradas, á palos y aun á tiros; pero solo después de una serie de combates encarnizados lograron desembarazarse en parte de aquellos huéspedes incómodos después de haber conservado algunas parejas para la renovación de la especie.

Ben-Zuf era el gran director de esta caza, y era de ver cómo se movía y cómo gritaba, y eran de oír las invectivas soldadescas que dirigía á los desdichados volátiles. Durante algunos días se repitieron los banquetes con la carne de los que se distinguían por sus cualidades comestibles, como patos silvestres, perdices, chochas, codornices, etc., y es de suponer que los cazadores las mataron con preferencia.

En fin, comenzó á restablecerse el orden en la Colmena de Nina, no quedando más que un centenar de intrusos que se refugiaron en los agujeros de la roca y que no era fácil desalojar. Al fin aquellos intrusos llegaron á considerarse como inquilinos de la habitación y no dejaron introducirse en ella á otros. Así hubo una especie de tregua entre los partidos que luchaban por la independencia de su domicilio, y por

una transacción tácita se dejó á aquellos huéspedes hacer la policía de la habitacion. Y en efecto, la hacian de tal manera, que el desdichado volátil que se estraviaba por las galerías sin derecho ni privilegio de inquilinato era pronto espulsado ó muerto por sus desapiadados compañeros.

Un día, el 13 de abril, resonaron gritos hácia la entrada de la galería principal. Era Nina que pedia auxilio.

Pablo conoció su voz y adelantándose á Ben-Zuf se apresuró á llegar al socorro de su amiguita.

—¡Ven, ven! gritaba Nina, quieren matármela.

Pablo, precipitándose, vió media docena de gaviotas que revoloteaban alrededor de la niña. Armado de un palo se arrojó en la pelea y logró ahuyentar á las rapaces aves marinas, no sin haber recibido algunos picotazos.

—¿Qué te pasa Nina? preguntó:

—Mira Pablo, respondió la niña enseñándole una ave que tenia estrechada contra su pecho.

Ben-Zuf que llegó en aquel momento la tomó de las manos de la niña y exclamó:

—¡Es una paloma!

Era en efecto una paloma y hasta una muestra de la especie de palomas viajeras porque tenia las alas ligeramente festoneadas y truncadas hácia su extremo.

—¡Ah! dijo de repente Ben-Zuf. Por todos los santos de Montmartre, esta paloma tiene un saco colgado del cuello!

Pocos instantes despues la paloma estaba en manos del capitán Servadac, y sus compañeros reunidos alrededor de la gran sala la miraban ávidamente.

—¡Aquí tenemos noticias de nuestro sabio! exclamó el capitán Servadac. No estando el mar libre emplea las aves como correos para traer sus cartas. ¡Si esta vez siquiera firmase y diera las señas de su habitacion!...

El saquito que llevaba la paloma había sido en parte desgarrado durante la lucha contra las gaviotas. Abierto que fué, se encontró una nota lacónicamente redactada que decía así:

«Galia

«Camino recorrido desde 1.º de marzo á 1.º de abril: 39.700,000 leguas.

«Distancia del sol, 110.000,000 de leguas.

«Al pasar se ha apoderado de Nerina.

«Van á faltar los víveres y...

El resto de la nota desgarrada por los picotazos de las gaviotas estaba ilegible.

—¡Ah, maldita casualidad! exclamó el capitán Servadac, la firma estaba aquí evidentemente, la fecha y el lugar de la noticia. Viene toda en francés y es sin duda un francés el que la ha escrito. ¡Y no poder socorrer á este desgraciado!

El conde Timascheff y el teniente Procopio volvieron al sitio del combate, esperando hallar algún pedazo arrancado del escrito y en él una firma ó un indicio que les pusiera sobre la pista... Sus investigaciones fueron inútiles.

—¿No sabremos, pues, nunca dónde se halla este último sobreviviente de la tierra? exclamó el capitán Servadac.

—Ah dijo de repente Nina: mira Zuf, mira.

Y enseñó á Ben-Zuf la paloma que tenía en la mano.

En el ala izquierda del ave se distinguía claramente la impresion de un sello húmedo, y en aquel sello se leía una sola palabra que decía todo lo que mas importaba saber:

Formentera.

CAPITULO XXIV.

EN EL CUAL EL CAPITAN SERVADAC Y EL TENIENTE PROCOPIO DAN AL FIN CON LA CLAVE DEL ENIGMA COSMOGRÁFICO.

—¡Formentera! exclamaron casi al mismo tiempo el conde Timascheff y el capitán Servadac.

Este nombre era el de una isla del grupo de las Baleares situado en el Mediterráneo é indicaba de una manera precisa el punto que ocupaba entonces el autor de los documentos. ¿Pero qué hacia allí aquel francés? y si estaba ¿vivía todavía?

Era evidentemente de Formentera de donde habia lanzado las diversas noticias en las cuales indicaba las posiciones sucesivas del fragmento del globo terrestre á que llamaba Galia.

En todo caso el documento llevado por la paloma probaba que á la fecha del 1.º de abril, ó lo que es lo mismo, quince dias antes, estaba todavía en su puesto. Pero entre aquel despacho y los documentos anteriores existia la diferencia importante de haber desaparecido todo indicio de satisfaccion. Ya no se decia *va bene*, ni *all right*, *nihil desperandum*. Además el despacho únicamente redactado en francés contenia un llamamiento supremo; una petición de socorro, pues que anunciaba que iban á faltar los víveres.

El capitán Servadac hizo en pocas palabras estas observaciones y despues añadió:

—Amigos míos, debemos acudir inmediatamente al socorro de este desgraciado.

—O de esos desgraciados, añadió el conde Timascheff. Capitan estoy pronto á marchar con usted.

—Es evidente, dijo entonces el teniente Procopio, que la *Dobryna* ha pasado cerca de Formentera cuando hemos explorado el sitio de las antiguas Baleares. Si pues no hemos visto tierra ninguna, es porque en Gibraltar lo mismo que en Ceuta, no queda sino un estrecho islote de todo aquel archipiélago.

—Por pequeño que sea ese islote, le encontraremos, respondió el capitan Servadac. Teniente Procopio ¿qué distancia separa la Tierra Caliente de Formentera?

—Ciento veinte leguas poco mas ó menos, capitan; y ahora debo preguntar á usted cómo piensa hacer ese viaje.

—A pie sin duda ninguna, respondió Héctor Servadac, pues que el mar no está libre. Iremos patinando; ¿no es verdad conde Timascheff?

—Marchemos capitan, dijo el conde á quien las cuestiones de humanidad no encontraban nunca indiferente, ni irresoluto.

—Padre, dijo vivamente el teniente Procopio; quisiera hacerte una observacion, no para que dejaras de cumplir un deber, sino al contrario, para que pudieras cumplirlo mas seguramente.

—Habla Procopio.

—El capitan Servadac y tú vais á marchar. Pero el frio es excesivo; el termómetro está á 22 grados bajo cero y reina un fuerte viento del Sur que hace insostenible esta temperatura. Admitiendo que podais andar veinte leguas por dia, necesitareis seis dias para llegar á Formentera. Ademas hay que llevar víveres, no solo para los dos, sino tambien para aquel ó aquellos á quienes vais á socorrer.

—Llevaremos el saco á la espalda como dos soldados, respondió el capitan Servadac que no queria ver las imposibilidades, sino solamente las dificultades de semejante viaje.

—Está bien, respondió friamente el teniente Pro-

copio; pero necesitarán ustedes descansar muchas veces en el camino; y como el campo de hielo está unido y compacto, no tendrían el recurso de abrir una gruta en el á semejanza de los esquimales.

—Correremos dia y noche, teniente Procopio, respondió Héctor Servadac, y en vez de seis dias llegaremos en tres ó tal vez en dos á Formentera.

—No digo que no. admito que puedan ustedes llegar en dos dias, lo cual es materialmente imposible. ¿Qué harán ustedes de los que encuentren en el islote medio muertos de frio y de hambre? Si les traen ustedes consigo, no traerán mas que cadáveres á la Tierra Caliente.

Las palabras del teniente Procopio produjeron una impresion profunda. La imposibilidad de un viaje emprendido en tales condiciones, apareció clara á los ojos de todos. Era evidente que el capitán Servadac y el conde Timascheff, sin abrigo en aquel inmenso campo de hielo, caerían para no volverse á levantar si llegaba á sobrevenir algun viento impetuoso que les envolviera en torbellinos de nieve.

Héctor Servadac, arrastrado por un vivo sentimiento de generosidad y por el pensamiento de cumplir un deber, queria resistirse á la evidencia y se obstinaba contra la fria razon del teniente Procopio. Por otra parte, su fiel Ben-Zuf no dejaba de sostenerle, declarándose pronto á hacer firmar su pasaporte con el de su capitán si el conde Timascheff vacilaba en marchar.

—¿Qué dice usted conde? preguntó Héctor Servadac.

—Haré lo que usted haga, capitán.

—No podemos abandonar á nuestros semejantes sin víveres y quizá sin abrigo.

—No podemos, respondió el conde Timascheff.

Despues volviéndose á Procopio, le dijo:

—Si no existe otro medio de llegar á Formentera mas que el que tú rechazas, le emplearemos á pesar de todo y Dios nos ayudará.

El teniente absorto en su pensamiento no respondió á estas palabras.

—¡Ah, si tuviéramos siquiera un trineo! exclamó Ben-Zuf.

—Un trineo sería fácil de construir, dijo el conde Timascheff; ¿pero dónde encontrar perros ó renos para tirar de él?

—Tenemos nuestros dos caballos que podremos herrar para andar sobre el hielo, dijo Ben-Zuf.

—No podrian sufrir esta temperatura excesiva, y sucumbirian en medio del camino, respondió el conde.

—No importa, dijo el capitán Servadac; no hay que vacilar; hagamos el trineo.

—Ya está hecho, dijo el teniente Procopio.

—Pues bien, enganchemos...

—No, capitán. Tenemos un motor mas seguro y mas rápido que los dos caballos, que no resistirian á las fatigas del viaje.

—¿Y es?... preguntó el conde Timascheff.

—El viento, respondió el teniente Procopio.

El viento en efecto era un gran motor. Los americanos han sabido utilizarle maravillosamente para sus trineos de vela. Estos trineos rivalizan ahora con los trenes expresos de los ferro-carriles en las vastas praderas de la Union, y han obtenido una celeridad de cincuenta metros por segundo, ó sea de ciento ochenta kilómetros por hora. Ahora bien, el viento en aquel instante soplaba del Sur con gran fuerza y podía imprimir á este género de vehículo una celeridad de doce á quince leguas por hora. Era, pues, posible entre las dos salidas del sol sobre el horizonte de Galia, llegar á las Baleares ó á lo menos al solo islote del archipiélago que se había librado del inmenso desastre.

El motor estaba pronto á funcionar; pero Procopio había añadido que también el trineo lo estaba. En efecto, el *yu-yu* de la *Dobryna*, de unos doce pies de largo y que podía contener de cinco á seis

personas, constituía un verdadero trineo. Bastaba añadirle dos zapatas de hierro, que sosteniendo sus costados formasen dos patines sobre los cuales pudiera deslizarse; operación que el mecánico de la goleta podría ejecutar en pocas horas. En aquel campo de hielo tan perfectamente unido, sin ningún obstáculo, sin una sola eminencia, sin una sola grieta, la ligera embarcación impulsada por su vela y corriendo viento en popa, debería deslizarse con una incomparable velocidad. Además el *yu-yu* podría ir cubierto de una especie de techo de tablas forrado de tela fuerte, abrigando así á los que le dirigiesen á la ida y á los que volviesen después con ellos. Provisos de pieles, de provisiones, de cordiales, de una hornilla portátil alimentada por espíritu de vino, podría llegar al islote en las más favorables condiciones, y conducir á la Tierra Caliente á los que sobreviviesen en Formentera.

Nada podía imaginarse mejor y más práctico; una sola objeción podía hacerse.

El viento era bueno para dirigirse al Norte; pero cuando fuera necesario volver al Sur...

—No importa, exclamó el capitán Servadac, no pensemos más que en llegar. Cuando lleguemos será tiempo de pensar en la vuelta.

Además, el *yu-yu*, si no podía correr como una embarcación sostenida contra la deriva por el timón, podría tal vez sortear el viento en cierta medida. Sus zapatas de hierro, mordiendo la superficie helada, deberían asegurarle por lo menos su marcha en la dirección conveniente.

Era, pues, posible, si el viento no cambiaba á la vuelta, que pudiera dar bordadas, por decirlo así, y adelantarse hacia el Sur. Esto se vería después.

El mecánico de la *Dobryna*, ayudado de algunos marineros, puso inmediatamente manos á la obra, y al terminar el día el *yu-yu*, provisto de una doble armadura de hierro encorvada hacia la proa, y protegido por un ligero techo en forma de toldo, llevan-

do una especie de espadilla metálica que debía sostenerle en lo posible contra las guiñadas, y lleno además de provisiones, utensilios y mantas, estaba pronto á partir.

Entonces el teniente Procopio pidió que se le dejara reemplazar al conde Timascheff al lado del capitán Servadac. Por una parte el *yu-yu* no debía llevar mas que dos pasajeros para el caso en que hubiese que trasladar varias personas, y por otra parte la maniobra de la vela, lo mismo que la dirección que debía seguirse exigían la mano y los conocimientos de un marino.

El conde Timascheff insistió, sin embargo; pero el capitán Servadac le rogó con mucho empeño que le reemplazase al lado de sus compañeros, y tuvo que ceder. El viaje era peligroso; los pasajeros del *yu-yu* iban á verse espuestos á mil riesgos; bastaba una tempestad un poco violenta para que el frágil vehículo no pudiera resistir; y si el capitán Servadac no debía volver, solo el conde Timascheff podía ser el jefe natural de la pequeña colonia... Consintió, pues, en quedarse.

En cuanto á ceder su sitio el capitán Servadac no lo hubiera consentido. Indudablemente era un francés el que reclamaba socorro y amparo, y correspondía al oficial francés acudir á llevarselos.

El 16 de abril al salir el sol, el capitán Servadac y el teniente Procopio se embarcaron en el *yu-yu*, despidiéndose de sus compañeros, cuya emoción fué grande al verles prontos á lanzarse sobre la inmensa llanura blanca, con un frío que pasaba de 25 grados centígrados. Ben-Zuf estaba escesivamente conmovido; los marineros rusos y los españoles quisieron todos estrechar la mano del capitán y del teniente; el conde Timascheff estrechó contra su pecho al valeroso oficial, y abrazó también á su fiel Procopio. Un beso de la pequeña Nina, cuyos grandes ojos apenas podían contener sus lágrimas, terminó aquella escena patética de despedida. Despues se desplegó la vela,

y el *yu-yu*, impulsado como por una ala inmensa, desapareció en pocos minutos mas allá del horizonte.

El velámen del *yu-yu* se componia de una cangreja y un foque. Este fué atravesado de manera que pudiera recibir el viento en popa; la velocidad del vehículo fué, pues, escesiva, y sus pasajeros no la estimaron en menos de doce leguas por hora.

Una abertura dispuesta en la parte posterior del toldo, permitia al teniente Procopio pasar por ella su cabeza envuelta en la capucha del capoton. sin esponerla demasiado al frio, y por medio de la brújula podia dirigirse en línea recta sobre Formentera.

La marcha del *yu-yu* era de una gran velocidad; no experimentaba el mas ligero estremecimiento, ni aun esos que experimentan los trenes, aun en los caminos de hierro mejor establecidos. Menos pesado en la superficie de Galia que lo hubiera sido en la de la Tierra, se deslizaba por el hielo sin experimentar ni balance ni cabeceo, y diez veces mas deprisa que la hubiera hecho en su elemento natural. El capitan Servadac y el teniente Procopio se creian á veces llevados por el aire, como si un globo aerostático les hubiera paseado por encima del campo de hielo. Pero no era así; la capa superior se pulverizaba bajo la armadura metálica del *yu-yu*, y dejaba detrás de sí toda una nube de polvo nevado.


Fácil les fué entonces observar que el aspecto de aquel mar helado era en todas partes el mismo. Ni un ser viviente animaba aquella vasta soledad, y el efecto era particularmente triste. Sin embargo, de aquella escena se desprendia una especie de poesia que impresionaba á los dos compañeros de viaje, á cada cual segun su carácter. El teniente Procopio observaba como hombre de ciencia; el capitan Servadac como artista dispuesto á recibir todas las emociones nuevas. Cuando el sol vino á ponerse, y sus rayos hiriendo oblicuamente el *yu-yu*, proyectaron sobre su izquierda la sombra desmesurada de sus

velas; cuando, en fin, la noche reemplazó brusca-
mente al día, se acercaron uno á otro movidos por
una atraccion involuntaria, y se estrecharon las ma-
nos silenciosamente.

La noche fué enteramente oscura, porque la luna
era nueva desde la víspera; pero las constelaciones
brillaban con un resplandor admirable en el cielo
oscurecido. A falta de brújula el teniente Procopio
hubiera podido ciertamente guiarse por la nueva
Polar, que brillaba cerca del horizonte. Compréndese
que cualquiera que fuese la distancia que separa-
se entonces á Galia del sol, era absolutamente insigni-
ficante respecto de la inconmensurable de las es-
trellas. En cuanto á esta distancia era ya grandísima
y la última noticia la establecia claramente. En esto
pensaba el teniente Procopio, mientras el capitán
Servadac, siguiendo otra corriente de ideas, no pen-
saba mas que en el compañero ó compañeros á quie-
nes iba á socorrer.

La celeridad de Galia en su órbita se habia dis-
minuido en 20.000,000 de leguas desde el 1.º de
marzo al 1.º de abril conforme á la segunda ley de
Kepler. Al mismo tiempo su distancia al sol se habia
acrecentado en 32.000,000 de leguas. Hallábase,
pues, en medio de la zona recorrida por los pla-
netas telescópicos que circulan entre las órbitas
de Marte y de Júpiter, como lo probaba, por otra
parte, la captacion de aquel satélite, que segun la
noticia del sábio era Nerina, uno de los últimos aste-
roides descubiertos. Así, pues, Galia seguia aleján-
dose de su centro atractivo, segun una ley perfecta-
mente determinada. Ahora bien, ¿no podia esperar-
se que el autor de los documentos llegaria á calcular
aquella órbita y á encontrar matemáticamente la
época en que Galia estaria en su afelio, si es que se-
guia una órbita elíptica? Aquel punto marcaria en-
tonces su distancia mayor al sol, y á contar desde
aquel instante tenderia á acercarse cada vez mas al
astro luminoso. Entonces se conoceria exactamente

Gaya Editore



la duracion del año solar y el número de los dias galianos.

El teniente Procopio reflexionaba en todos estos alarmantes problemas, cuando le sorprendió bruscamente la vuelta del sol. El capitán Servadac y él celebraron consejo, y calculando que habian andado 100 leguas en línea recta desde su partida, resolvieron disminuir la celeridad del *yu-yu*. Se acortaron pues las velas y á pesar del frio excesivo, los dos exploradores examinaron la llanura blanca con la mas escrupulosa atencion.

Estaba absolutamente desierta y no se levantaba una sola roca que alterase su soberbia uniformidad.

—¿No habremos pasado un poco al Oeste de Formentera? dijo el capitán Servadac despues de haber consultado el mapa.

—Es probable, respondió el teniente Procopio, porque lo mismo que lo hubiera hecho en el mar me he atendido al viento de la isla. Ahora no tenemos que hacer mas que dejarnos llevar.

—Manos á la obra, teniente, respondió el capitán Servadac y no perdamos tiempo.

El teniente maniobró de manera que presentó la proa al Nordeste. Héctor Servadac, arrostrando el viento frio, permanecia de pie á proa mirando con todas sus fuerzas.

No trataba de buscar en el mar una humareda que pudiera descubrir el retiro del sabio desgraciado, á quien probablemente faltaba el combustible como los víveres. No; lo que buscaba era la cima de algun islote que sobresaliese en el campo de hielo sobre la línea del horizonte.

De repente su vista se animó y tendió la mano hácia un punto del espacio.

—¡Allí, allí! exclamó.

Y enseñó al teniente una especie de construccion de madera que sobresalia sobre la línea circular trazada por el cielo y el mar helado.

Gaspar

El teniente Procopio tomó su anteojo y dijo:

—Sí, sí, esa es una armazon que servia para alguna operacion geodésica.

La duda no era posible. Se dió la vela al viento y el *yu-yu*, que se hallaba á 6 kilómetros del punto señalado, marchó hácia él con una celeridad prodigiosa.

El capitan Servadac y el teniente Procopio, dominados por la emocion, no hubieran podido pronunciar una sola palabra. La construccion que habian observado aumentaba en tamaño á medida que se acercaban y pronto vieron un conjunto de rocas bajas dominadas por ella y cuya aglomeracion formaba una especie de mancha sobre la alfombra blanca del campo de hielo.

Como habia sospechado el capitan Servadac, no salia humo del islote y con aquel frio intenso no era posible hacerse ilusiones; era sin duda una tumba hácia la cual se encaminaba el *yu-yu*.

Diez minutos despues y un kilómetro antes de llegar, el teniente Procopio cerró la cangreja, porque el ímpetu que llevaba el *yu-yu*, debia bastar para llevarles hasta las rocas.

Entonces una emocion mas viva todavía oprimió el corazon del capitan Servadac.

En la cima de la construccion, el viento hacia ondear un pedazo de estambre azul... era todo lo que quedaba del pabellon de Francia.

El *yu-yu* llegó á chocar contra las primeras rocas. El islote no tenia medio kilómetro de circunferencia, y de Formentera y del archipiélago de las Baleares no existian mas vestigios.

Al pié de la construccion se levantaba una miserable cabaña de madera, cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas.

El capitan Servadac y el teniente Procopio con la celeridad del rayo se lanzaron sobre las rocas, treparon por las piedras resbaladizas y llegaron á la cabaña.

Héctor Servadac dió con el puño en la puerta que estaba atrancada interiormente.

Llamó, pero no obtuvo respuesta.

—¡Aquí, teniente! exclamó.

Y ambos, apoyando vigorosamente los hombros hicieron saltar la puerta medio carcomida.

En el único aposento de la cabaña, la oscuridad era completa y el silencio absoluto.

O su último habitante la había abandonado, ó estaba allí, pero muerto.

Se abrieron las ventanas y entró la claridad.

En el hogar frío de la chimenea no había nada mas que la ceniza de un fuego apagado.

En un rincón había una cama y en ella un cuerpo tendido.

El capitán Servadac se acercó y un grito se escapó de su pecho.

—¡Muerto de frío y de hambre!

El teniente Procopio se inclinó sobre el cuerpo del infortunado.

—¡Vive! exclamó.

Y abriendo un frasco que llevaba lleno de un energético cordial, introdujo algunas gotas entre los labios del moribundo.

Oyóse poco despues un leve suspiro, seguido casi instantáneamente de esta palabra dicha con voz débil.

—¡Galia?

—Sí, Galia, respondió el capitán Servadac, y es.....

—Es mi cometa, el que yo he descubierto, mi cometa.

Pronunciadas estas palabras, el moribundo volvió á caer en un gran sopor, mientras el capitán Servadac se decía á sí propio:

—¡Yo conozco á este hombre! ¿Dónde le he visto otra vez?

No podía pensarse en cuidarle y salvarle de la muerte en aquella cabaña, donde faltaba toda clase

de recursos. Héctor Servadac y el teniente Procopio tomaron en breve su resolución y en pocos instantes el moribundo, con sus instrumentos de física y de astronomía, sus vestidos, sus papeles, sus libros y una puerta vieja que le servía de encerado para sus cálculos, fueron trasladados al *yu-yu*.

El viento que había girado por fortuna era casi favorable, y aprovechándolo el teniente Procopio, puso la vela en situación conveniente y abandonaron la única roca que quedaba de las islas Baleares.

El 19 de abril, treinta y seis horas después, sin que el sabio hubiera abierto los ojos ni dicho una palabra, era depositado en la gran sala de la Colmena de Nina y los colonos acogían con vivas y demostraciones de júbilo á los dos atrevidos compañeros, cuya vuelta habían esperado con tanta impaciencia.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

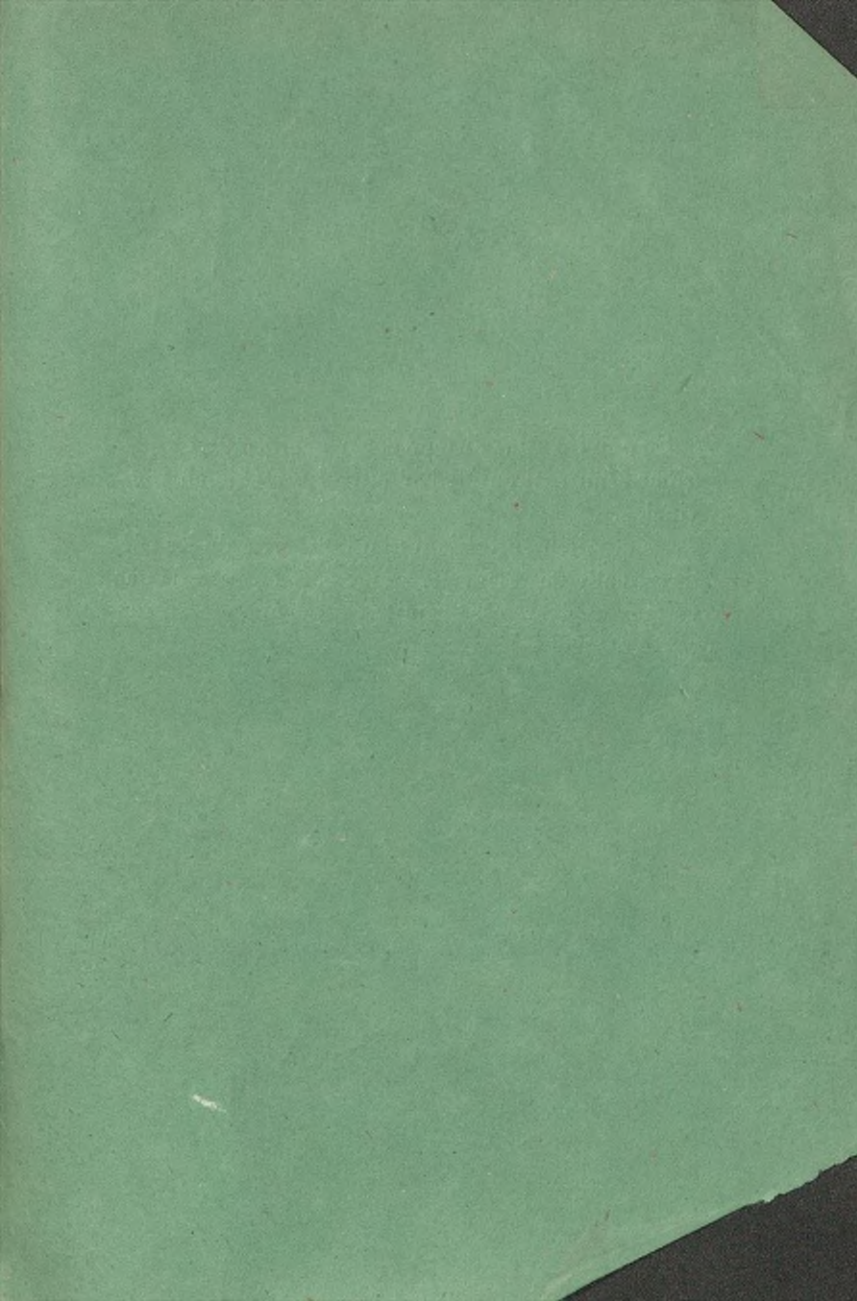
INDICE.

PÁG. AS.

CAP. I.—El conde: esta es mi tarjeta.—El capitán: esta es la mía.	5
II.—En el cual se fotografía física y moralmente al capitán Servadac y á su ordenanza Ben-Zuf.	12
III.—Donde la inspiración poética del capitán Servadac queda interrumpida por un choque desagradable.	18
IV.—Donde el lector puede multiplicar hasta el infinito los puntos de exclamación y de interrogación.	23
V.—En el cual se trata de algunas modificaciones introducidas en el órden físico, y cuyas causas es imposible indicar.	25
VI.—Donde se invita al lector á seguir al capitán Servadac en su primera escursión por sus nuevos dominios.	39
VII.—En el cual Ben-Zuf cree deber quejarse de la negligencia del gobernador general para con él.	50
VIII.—Donde se trata de Vénus y de Mercurio que amenazan tropezar con la Tierra	60
IX.—En el cual el capitán Servadac hace una série de preguntas que no obtienen respuesta.	70
X.—Donde con el anteojo asestado y la	

	sonda en la mano, se trata de encontrar algun vestigio de la provincia de Argel.	78
CAP. XI.	—Donde el capitan Servadac encuentra, perdonado por la catástrofe, un islote que no es mas que una tumba.	87
XII.	—En el cual el teniente Procopio, despues de haber hecho todo lo posible como marido, se pone en manos de Dios.	96
XIII.	—Donde se trata del brigadier Murphy, del mayor Oliphant, del cabo Pim y de un proyectil que se pierde mas allá del horizonte.	106
XIV.	—Que empieza con cierta tirantez en las relaciones internacionales, y concluye con un descubrimiento geográfico.	117
XV.	—En el cual se discute para llegar á descubrir una verdad, y los discutidores se aproximan tal vez á ella.	127
XVI.	—En el cual se verá al capitan Servadac teniendo en la mano todo lo que queda de un vasto continente.	138
XVII.	—Que podrá sin inconveniente titularse; del mismo á los mismos.	147
XVIII.	—Que trata de la acogida que se hizo al gobernador general de la isla de Gurbí, y de los acontecimientos que habian ocurrido durante su ausencia.	158
XIX.	—En el cual el capitan Servadac es reconocido gobernador general de Galia por unanimidad de votos, incluso el suyo.	170
XX.	—Que tiende á probar que mirando	

	bien se acaba siempre por ver fue- go en el horizonte.	179
CAP. XXI.—	Donde se verá la deliciosa sorpresa que la naturaleza proporcionó una tarde á los habitantes de Galia.	189
XXII.—	Que se termina por una pequeña esperiencia bastante curiosa, de física recreativa.	199
XXIII.—	Que se trata de un acontecimiento de alta importancia que conmovió á toda la colonia galiana.	208
XXIV.—	En el cual el capital Servadac y el teniente Procopio dan al fin con la clave del enigma cosmográfico.	218



Se publica esta edición, por cuadernos de 32 páginas á un real en Madrid y real y medio en provincias.

Se admiten suscripciones en la librería de los editores, calle del Príncipe, núm. 4, y en casa de sus corresponsales, y se remite al que mande su importe en sellos de correo.